Los jóvenes y el bicentenario

GERARDO ESTRADA

Una de las interrogantes más sugestivas respecto a los festejos que múltiples instituciones públicas y privadas de nuestro país han comenzado a organizar con motivo del bicentenario y centenario de la Independencia y de la Revolución, es el relativo a cómo perciben, qué significan, qué valor le dan los jóvenes de México hoy a estas efemérides, a sus personajes.

Qué tanto les dicen a estas nuevas generaciones los nombres y las ideas de libertad e independencia que enarbolaron Hidalgo, Morelos, Allende, Aldama, la Corregidora, así como la lucha por la democracia que encabezó Madero, la justicia social que Zapata y Villa persiguieron. ¿Qué significa la Independencia de México hoy? ¿Qué fue –o qué es– la Revolución mexicana para los jóvenes? Cabe primero preguntarse si es que saben quiénes son ellos o de qué o de quiénes nos independizamos y de qué Revolución hablamos.

Si juzgamos por las apariencias, es decir, por la televisión comercial y algunos de sus programas de concurso, la verdad es que cuando se les pregunta a los nuevos ciudadanos sobre el significado de alguna de las fechas históricas, resulta muy decepcionante el nivel de conocimientos históricos por parte de la mayoría, fenómeno que por otra parte se da en muchos otros países.

Año con año en las escuelas primarias y secundarias de todo el país seguramente se repiten las enseñanzas de estos capítulos de la historia. Si acudimos a los libros de texto gratuito nos encontramos con referencias, yo diría que en comparación con las que había en los años cincuenta o sesenta, aunque en apariencia iguales, en realidad son menos retóricas y con una mayor pretensión de objetividad, menos heroicas y por lo tanto buscan desmitificar la llamada Historia de Bronce.

Seguramente habrá algunas diferencias de percepción entre los personajes de la Independencia y los de la Revolución, ya que la historia reciente ha reciclado, por decirlo de alguna forma, los nombres de Madero, para quienes la democracia es bandera política esencial, y para quienes desean justicia social, los de Zapata y Villa. Incluso Zapata es una figura universal en ciertos sectores juveniles pues se le asume como ejemplo clásico del luchador social, además de ser un popular nombre de cafés o "antros" frecuentados por las nuevas generaciones, sin mencionar que es icono de múltiples camisetas o *t-shirts* al igual que el Che Guevara.

Por ejemplo, en el elegante barrio londinense de Saint James se puede comer o cenar en un restaurante llamado "Che", que ostenta la imagen y la estrella roja que distinguen al guerrillero argentino adoptado en Cuba.

Pero que los nombres sean conocidos no necesariamente significa que se aquilate el valor que la tradición les ha conferido o que se les atribuya el mismo significado a sus ideas hoy y, sobre todo, si este coincide con las motivaciones de quienes promueven los festejos. Las razones políticas que los propician tienen obviamente su contraparte social pero no necesariamente las razones de la sociedad tienen el mismo código de interpretación que las de la clase política.

Toda esta pléyade de nombres y figuras de hombres, a veces prácticamente elevados a la categoría de santos laicos, puede tener un valor de símbolos de unidad nacional, pero lo mismo cabe decir de la Virgen de Guadalupe, los mariachis, la selección nacional de futbol o Pedro Infante, cuya permanencia en el escenario nacional se la debemos a la incansable repetición de sus películas.

Pero la pregunta tiene que ver con algo que es muy importante ¿cuál es el sentido de lo nacional hoy en día para las generaciones entre los doce y treinta años? ¿Qué significa o implica para ellos lo mexicano, cuáles son sus signos de identidad, de pertenencia?

Los cambios en la perspectiva cultural han sido muy grandes y de ello dan testimonio inmediato las preocupaciones intelectuales de las nuevas elites. Los "nacionalismos" están muy venidos a menos y cierta forma de cosmopolitismo y de afán de

integrarse a la globalización están muy presentes y no como simple deseo de distinción o de esnobismo, como fue cuarenta años atrás en casi todas las expresiones artísticas.

Desde la generación del 68, parte de la conciencia social de la mayoría de los jóvenes ya estaba integrada al mundo global y a la rica diversidad de la cultura estadounidense a través del cine y la televisión. A ello contribuyó de manera determinante, sin duda, esa maravillosa atmósfera universal que creó la música, particularmente el rock como medio de expresión juvenil más allá de cualquier frontera nacionalista, creándose incluso nuevos géneros, que mezclan y fusionan ritmos nuevos, tradicionales, locales, etcétera.

Ese lenguaje musical contribuyó a crear una sensación de pertenencia generacional que se renueva constantemente desde entonces y ello, que de ninguna manera y hay que decirlo claramente, excluye las expresiones locales o regionales, nuevas o tradicionales, pues ambas conviven de manera natural y gozosa en el gusto juvenil.

Hoy más que nunca y gracias a internet, los jóvenes conocen música de todas partes del mundo o al menos de algunas partes del mundo, a veces sin saberlo, que sólo de manera ocasional conocían sus abuelos y era vista como exótica o curiosa pero que difícilmente se asumía como propia, como hoy sucede, sin que ello tenga que excluir, por ejemplo en el caso de México, la presencia permanente de nuestra conciencia nacional a través de la música ranchera. Baste como comprobación empírica al alcance de todos el observar una fiesta cualquiera con baile para darse cuenta de la variedad de países y de regiones representadas en el programa musical que a lo largo de dos o tres horas son alegremente danzadas por los convidados y compararla con lo que sucedía hace cuarenta o cincuenta años para advertir el cambio.

A estos indicadores de sociología instantánea pueden sumarse muchos otros que nos mostrarían las más diversas formas de convivencia entre cierto espíritu nacionalista que ha permeado las generaciones y otras nuevas formas que quizás, a primera vista resultan ajenas pero que probablemente estén hablándonos de nuevas formas de ser y expresar lo mexicano.

Suele decirse en el mundo adulto que hoy los jóvenes no creen en nada, que no tienen valores, que son una generación cuando menos escéptica con la cual los mayores no suelen entenderse. Por supuesto que esto no es nuevo, ha sido la historia de la humanidad entera. Los viejos suelen repetir en cualquier época que todo tiempo pasado fue mejor y los jóvenes suelen insistir en la necesidad de cambiarlo todo. Y quienes un día quisieron cambiarlo todo, tarde o temprano acabarán repitiendo las mismas frases que sus padres cuando sean sus hijos quienes les cuestionen.

Esta normalidad nos tranquiliza la conciencia nacionalista al asegurarnos ciertas permanencias pero es curioso que de todos modos cada generación saliente suele insistir en que algo se ha perdido, nunca queda claro exactamente qué es lo que se ha perdido y hay una forma de conservadurismo que apela a ciertos "valores" como inmarcesibles y que en realidad oculta una visión conservadora, moralista de ellos y que no acepta que estos son vividos e interpretados de manera diferente por cada generación o comunidad de acuerdo con su circunstancia, incluso alguno de los más caros a nuestra conciencia como la libertad.

No quiero decir que la libertad sea un valor intercambiable, quiero decir que la manera de vivir en libertad va cambiando históricamente, y es ahí donde radica la cuestión que se plantea: la libertad de Hidalgo y Morelos, el laicismo de Juárez, la democracia de Madero, el valor de la ley de Carranza, la justicia social de Zapata y Villa, ¿son los mismos en que creen los jóvenes de hoy? ¿O si no, cuáles son sus equivalentes?

Un lugar común frecuente en esas "rondas generacionales", cuando se descubre que entendemos de manera distinta esos valores, es que la humanidad se va dirigiendo hacia el libertinaje y la decadencia, pero eso implicaría que ya una vez hubo una libertad y una situación que eran "ideales" y que las hemos perdido. Me parece que todo ello tiene más que ver con convicciones religiosas o morales que con una concepción histórica o sociológica objetivas.

Por ejemplo, en el actual debate político en México, entre las diversas fuerzas que disputan la definición del camino por el cual debe seguir el país, hay, en apariencia, un indicador de algo que no deja de inquietar.

Si uno observa las fotografías de los grupos dirigentes de cada una de las partes en disputa, es evi-

dente que los rostros más jóvenes son los que se ven en lo que claramente se identifica como el partido conservador, cercano a la religión, tradicionalista y, por el contrario, en las fotografías de los amplios presidiums en los actos de la izquierda, el común denominador son rostros que tienen un promedio de edad superior a los cincuenta años. Toda esta imagen visual contradice lo que uno supone era "natural" a partir de los años sesenta: que los jóvenes estaban por el cambio y los viejos por lo conservador.

Es un hecho que hubo votantes juveniles de los dos lados en las elecciones de 2006, pero ¿qué es lo que sucedió para que la imagen se haya trastocado?

¿Quién en los partidos políticos representa las preocupaciones e inquietudes de las mayorías juveniles hoy, al menos en términos de liderazgo? Es verdad que en el Partido Verde abundan los jóvenes, pero no creo que ellos representen las inquietudes y los intereses de las nuevas generaciones.

Se me podría responder que tal categoría no sirve para analizar estos procesos porque es más un corte de clase lo que determina las afinidades políticas, pero lo interesante es que aunque esto sea cierto, en los cuadros dirigentes, en sus representaciones públicas, el hecho es que los hombres mayores están del lado del cambio y las figuras juveniles del lado conservador.

Ciertamente tampoco podríamos decir que los hechos que estamos a punto de conmemorar, la Independencia y la Revolución, tuvieron liderazgos juveniles, pero en ambos proyectos había proyectos al futuro y un deseo de cambio, de ruptura. Lo interesante es que los jóvenes –que fueron el motor del cambio a partir de los años 60– hoy no aparecen en el discurso de las propuestas de cambio político, y esto es importante porque en las áreas más creativas de la sociedad actual (la ciencia, la tecnología, el diseño, las artes en general), pero también en el mundo empresarial son los jóvenes los que ocupan los lugares más destacados, si no en la dirección de estas tareas, sí en el impulso al cambio, y la política pareciera ser cada vez más el campo propio de los mayores, lo cual puede ser un signo positivo dado que la política es antes que otra cosa una cuestión de experiencia, pero no deja de inquietar.

Se dice que el caso de México es diferente porque la novatez de la clase política mexicana actual no puede explicarse simplemente por la edad sino por la falta de oportunidades que hasta hace algunos años se había vivido para permitir el ingreso y, por lo tanto, la formación de nuevos actores políticos.

Cabe preguntarse en relación con los festejos si servirán sólo para organizar un "reventón" gigantesco de un año en las plazas públicas del país con sus espectáculos, desfiles obligatorios plagados de discursos interminables, o si bien realmente podrán servir para abrir un proceso de reflexión muy profundo sobre lo que somos y lo que queremos, que trascienda los circuitos académicos que, como siempre, estarán a la vanguardia de lo que la sociedad piensa y crea, pero distantes de ella.

O si servirán para saber si realmente hoy los jóvenes son menos mexicanos que sus padres o abuelos, si son más inconscientes y no les importa demasiado el pasado pues viven mucho más pendientes del futuro, unos porque viven en la inmediatez económica y otros porque sus ambiciones no les permiten darse tiempo para la reflexión.

La percepción de los valores cambia. Hoy el nacionalismo tiene un significado distinto porque la cercanía y la interdependencia nos obligan a pensar de otra manera. Más que las relaciones comerciales internacionales cuya explosión data ya de muchísimos años, son los medios de comunicación los que nos han acercado realmente. En ese sentido, la red significa ya el cambio absoluto en nuestra manera de aprehender y comunicarnos con otros pueblos.

Hablar de fronteras en el sentido tradicional no tiene ya valor; sólo las dictaduras encierran a sus ciudadanos en burbujas artificiales. Pero la apertura no significa la pérdida de valores históricos. Las identidades nacionales se construyen primero a partir de las experiencias compartidas en tiempos y espacios y de una memoria común y es allí donde el valor de estas celebraciones deberá adquirir un significado para los jóvenes de hoy.

Eso no será posible si se sigue pensando en la repetición de las mismas fórmulas que dieron brillo en la historia a este tipo de celebraciones. Es indispensable un tratamiento humano de nuestra historia en el que los personajes dejen de ser de bronce y de piedra para convertirse en nuestros semejantes, que solamente se distinguieron por haber sabido enfrentar el momento histórico que les tocaba y por haber estado a la altura de las circunstancias.